
Mesoamérica. Sociedades y culturas*

Brigitte B. de Lameiras
El Colegio de Michoacán

En el año de 1960, cuando la Sociedad de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología e Historia editó la segunda vez *Mesoamérica*, Kirchhoff añadió una advertencia: "...quedé defraudado, pues mientras muchos han aceptado el concepto 'Mesoamérica', ninguno, que yo sepa, lo ha hecho objeto de una crítica constructiva o lo ha aplicado o desarrollado sistemáticamente".¹

La expresión de inconformidad del autor de *Mesoamérica* encierra toda una gama de situaciones que 25 años después merecen una consideración un tanto más favorable.

El concepto mismo y la definición de su contenido fue un total acierto y su valor heurístico innegable, de modo que al ser lanzado en 1943 al mundo de los estudiosos americanistas fue acogido de inmediato, a la vez que desmoralizó cualquier intento de refutarlo o de rebatirlo como tal. Por el contrario, los más serios investigadores se sintieron inspirados para decantar desde su campo las partes sugeridas o para abocarse a completar los aspectos no tratados por Kirchhoff en su ensayo, tales como la regionalización interna de la "superárea" y la demarcación de las "subáreas", y la profundidad histórica del conjunto cultural y de sus partes.

Las décadas de los cuarenta y de los cincuenta fueron en retrospectiva las que mayores aportaciones presentan para el conocimiento de los pueblos prehispánicos y de sus culturas y sociedades. Es cierto que en ellas se incrementó muy notablemente el volumen de nuestro acervo etnográfico, pero lo más importante fue que la investigación científica se enriqueció con nuevos paradigmas, de los cuales Kirchhoff fue portador e introductor. En muchos casos fue solamente la delimitación geográfico-cultural y su utilidad clasi-

ficatoria la que fue adoptada, dando origen a un sinnúmero de trabajos en cuyo título se hace referencia a Mesoamérica, sin que en los mismos se discuta explícitamente el concepto ni se intente aportar algo significativo a su comprensión. No obstante, esta referencia por sí sola fue un avance frente a la ambigüedad que prevalecía anteriormente.²

En muchos sentidos puede considerarse a *Mesoamérica* como un parteaguas entre la arqueología, la etnología y la etnohistoria anteriores y las tendencias interpretativas posteriores. En otros puede verse como la cristalización de esfuerzos acumulados por encontrar los modelos y categorías adecuadas para la clasificación y el análisis de las culturas americanas, seguida por esfuerzos idénticos por demostrar su validez.

Desde la primera perspectiva se ha destacado la feliz conjunción que la segunda guerra mundial significó para la introducción en México del pensamiento de Marx y Weber, particularmente,³ con lo cual la antropología recibió una orientación más sociológica que culturalista. Es necesario agregar aquí la formación etnológica alemana de Kirchhoff, que integraba una visión evolucionista a la comprensión de la cultura, muy contrastante con la norteamericana de la época, historicista por excelencia, que predominaba entre los estudiosos mexicanos.

La segunda perspectiva nos muestra un amplio panorama que podría tener su punto de partida en Morgan, conformado por intentos de clasificación y localización cultural realizados desde el siglo XIX, como los de Pimentel y Orozco y Berra, los de conceptualización de área cultural en el sentido de círculo cultural, como los de Haebler, Pinart, Krause y Holmes, y los de explicación causal como los de Gamio y Mendizábal.⁴

La decepción de Kirchhoff puede entenderse, quizá, si se contemplan los desarrollos que, por un lado, adoptaron un disfraz ecléctico para justificar a una nueva antropología oficial, por el otro, relegaron la *cultura* al último cajón del olvido ante la novedad del *fenómeno social*. Este último, no obstante, significó la mayor contribución a la investigación y es el que valdría la pena incorporar a un replanteamiento explicativo del fenómeno cultural.

La arqueología y la etnohistoria recibieron con mayor pujanza los estímulos que ofrecía este último campo y cuyos principales temas fueron sugeridos por Kirchhoff. En primer lugar, al preferir un tipo de clasificación de las culturas indígenas americanas basado en las formas de obtención de la subsistencia sobre uno basado exclusivamente en las características biogeográficas del área; en segundo lugar, al señalar que el contenido semántico del concepto "Mesoamérica" requería de "...la profundidad histórica que la orientación misma de este trabajo implica..." y, en tercer lugar, al proponer el análisis de "...la configuración y estructuración de esa civilización,...", así como los grados de desarrollo y complejidad de cada una de sus partes en distintas épocas.⁵

El propio autor, no obstante, en este trabajo sólo exploró los "límites geográficos, [la] composición étnica y [los] caracteres culturales en el momento de la conquista".⁶

En cuanto al primer punto definió las características de las fronteras norte y sur, no intentó encontrar determinantes geográficas para la conformación de la superárea Mesoamérica. En el segundo punto se limitó a enlistar los grupos lingüísticos contenidos en el área y a proponer algunas hipótesis sobre su papel en el proceso de formación y su antigüedad, al mismo tiempo señala que una historia común los había hecho partícipes de un acervo cultural característico y distintivo de otros grupos. En el tercer punto seleccionó los rasgos culturales por su relativa exclusividad en Mesoamérica, sin jerarquizarlos por el papel estratégico que pudieron haber desempeñado.

El mismo año de la publicación de *Mesoamérica* Jorge Vivó recogió el hilo de la cuestión geográfica⁷ e inauguró una orientación en los estudios del medio ambiente mesoamericano que con tropiezos ha dado buenos resultados.⁸ El estudio de las lenguas indígenas, sus relaciones culturales y su antigüedad fue adoptado por Swadesh, quien fundó toda una escuela en el campo lingüístico y contribuyó en mucho a deslindar entre lengua, etnia y cultura.⁹

Los intentos de definición de Mesoamérica recibieron una reorientación definitiva a partir del rompimiento de algunas preconcepciones imperantes en la antropología de las primeras décadas de este siglo. La reacción contra el

historicismo llevó a la crítica de descripciones culturales que partían de la identificación por la lengua y sumaban los rasgos sin consideración del lugar, del tiempo y del contexto social en que se presentaban. Así, no coincidían con ninguna sociedad concreta. Se abandonó también la concepción de sociedades tribales y se reconoció que en Mesoamérica se habían desarrollado sociedades complejas y verdaderos Estados.

Proveniente de la antropología norteamericana otra corriente evolucionista, cuyo principal exponente fue Leslie White, penetró en México, al mismo tiempo que se conocían las obras del arqueólogo australiano Gordon Childe y que Kirchhoff recomendaba la lectura a sus estudiantes de los trabajos de Karl Wittfogel. La atención de los investigadores se ancló, entonces, en los aspectos tecnológicos, en la localización del fenómeno urbano en Mesoamérica, en la búsqueda de evidencias de una agricultura intensiva y en la organización sociopolítica y económica.

El giro que tomó la conceptualización de Mesoamérica, habitada por muchos grupos étnicos y lingüísticos, con gran regionalismo y localismo en sus características culturales, quedó claramente expresado en la sugerencia de Steward: si las secuencias culturales se refieren a estilos artísticos, las diferencias regionales serán muy marcadas; si, en cambio, se consideran la eficiencia agrícola, la densidad de población, el patrón de asentamiento, la complejidad social, la tecnología artesanal, se encontrarán mayores similitudes. De tal manera, la definición del área cultural y de sus variantes diacrónicas y sincrónicas se abordó con un enfoque epistemológico distinto.

La arqueología que siguiendo la tradición historicista había aplicado el criterio etnográfico básico de la lengua al fenómeno estilístico perceptible en sus materiales, utilizó también un criterio cronológico para situar las diferencias temporales. El esfuerzo más significativo para lograr un panorama comprensivo de Mesoamérica en estos términos fue, quizá, el de Piña Chan.¹⁰ Otros esfuerzos buscaron establecer los criterios de periodización y regionalización adecuados para identificar, clasificar y localizar los materiales arqueológicos. En el sentido diacrónico y siguiendo las ten-

dencias generales podían establecerse secuencias de la unidad cultural mayor, cuyas culturas componentes mostraban la presencia de ciertos rasgos diagnósticos, es decir, de diversas “contradicciones” participantes en una historia común.¹¹

Ahora bien, ya fuera que el punto de partida estuviera en la distribución no muy jerarquizada de ciertos rasgos culturales exclusivos —como los que pueden detectarse en la tipología cerámica— y en su ordenamiento por un criterio cronológico, ya que se consideraran como diagnósticos por su relación de causa y efecto y se agruparan por etapa de desarrollo, la periodización y la regionalización resultantes fueron bastante coincidentes.

Las obras comprensivas sobre Mesoamérica más importantes que siguieron el segundo enfoque son las de Bernal, Armillas, Katz, Sanders y Price y Wolf.¹² En todas ellas se asume explícita o implícitamente que el rasgo diagnóstico fundamental en el proceso de formación y difusión o expansión de la civilización mesoamericana es la agricultura de riego.¹³ Todas ellas, también, tratan de las tendencias y características “generales” de Mesoamérica, no de sus múltiples variaciones temporales y espaciales. Tampoco tratan de explicar, más que cuando hay evidencias de aculturación civilizatoria, a los grupos excluidos —recolectores, cazadores, pescadores y cultivadores inferiores. En gran medida no responden a preguntas que en el planteamiento original ocupaban un lugar central, tales como la distribución y la interrelación étnicas.

Sobre estas cuestiones pienso que es necesario reorientar la búsqueda con instrumentos metodológicos más confiables y con una mejor comprensión de la dinámica de la interacción social que puede confrontarse con las evidencias documentadas de la agrupación étnica y de sus características formales y simbólicas.

Algunos caminos abiertos podrían ser los siguientes: en la arqueología el análisis de la estilística y de la simbología contenidas en los restos materiales vinculado sistemáticamente al del patrón de asentamiento y de la forma de obtención de la subsistencia, caracterizando a los sitios y regiones por su complejidad cultural a la vez que socioeconómica. En

la etnohistoria el análisis puede trasladarse del recuento de rasgos a la interacción de los grupos históricos documentados.

Las diferencias culturales que se detecten aparecerán, en mi opinión, ya no como causadas por la posición relativa en la escala evolutiva, sino como efecto de la interacción sociocultural y de procesos de diferenciación económica y política.

Los cazadores, recolectores, pescadores y cultivadores más antiguos de la prehistoria mesoamericana, tal como los conocemos a partir del proyecto de McNeish y de la interpretación de Flannery,¹⁴ tenían un bagaje cultural relativamente homogéneo en toda Mesoamérica. Cuando los cultivadores se diferenciaron y se volvieron sedentarios ocuparon los nichos propicios a su actividad productiva y dejaron huellas culturales distintas, sin que aquellos desaparecieran. La aparición de la arquitectura monumental y pública, aunque en sus principios sus dimensiones parezcan poco significativas, revela un orden institucional cuyas bases causales tecnoeconómicas habría que explorar junto con las evidencias de diferenciación social y heterogeneización cultural características de la sociedad compleja.

La expansión de determinados rasgos culturales puede entenderse como la adaptación de un conjunto tecnoeconómico dado a los nichos propicios para su implementación. La agricultura de riego sería un conjunto dominante y marcaría el espacio ocupado en los límites de la macroárea. Internamente, sin embargo, cada unidad estaría compuesta de partes diferenciadas pero funcionalmente integradas, entre las que podría haber cazadores, recolectores y agricultores "inferiores".

Lo que importaría distinguir, finalmente, es la causalidad de la diferencia cultural. Si esta corresponde a la complejidad social misma, es decir, que la diferencia sea el efecto de la división social, el rasgo diagnóstico del mesoamericanismo está en el grado de complejidad, tal como lo propuso Kirchoff: la "superárea" estaría compuesta de áreas culturales "...que se distinguen... por el grado de desarrollo y complejidad... siendo las más típicamente mesoamericanas las más desarrolladas y complejas".¹⁵

Pero al considerar como típicamente mesoamericana la sociedad compleja, también serán típicamente mesoamericanos ciertos rasgos atribuidos a grupos marginales o a la marginalidad misma, puesto que no se es marginal más que en relación a un centro.

NOTAS

- * Ponencia presentada en la *Mesa Redonda* de la Sociedad Mexicana de Antropología. Querétaro, 1985.
1. Paul Kirchhoff, *Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*. Primera edición: *Acta Americana* 1: 92-107, 1943; segunda edición: Escuela Nacional de Antropología e Historia, Sociedad de Alumnos, Suplemento de la revista *Tlatoani* 3, México, D.F., 1960.
Cuando Kirchhoff escribió el preámbulo a la segunda edición ya se había publicado el trabajo de Julio César Olivé Negrete, *Estructura y dinámica de Mesoamérica. Ensayo sobre sus problemas conceptuales, integrativos y evolutivos*. Acta Antropológica II-1-3, 1958.
 2. Kirchhoff estaba en desacuerdo con las divisiones usuales: Norteamérica, Sudamérica, México-Centroamérica. Nótese que el *Handbook of Middle American Indians*, editado por la Universidad de Texas en Austin, varios años, no adoptó la designación de Mesoamérica.
 3. Cfr. Angel Palerm, "La teoría de la sociedad oriental aplicada: Mesoamérica", en *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*, SEPsetentas 55, 1972, México, D.F.: 160-195.
 4. Pimentel, Francisco, *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*. México, 1862. Orozco y Berra, Manuel, *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México*. México, D.F., 1864. Haebler, Konrad, *Die Mittelamerika Kulturkreis* (sic). Helmoltz Geschichte, Vol. I, Leipzig 1899. Pinart, A.L., "Note sur les limites des civilisations de l'isthme Américain", *Congrés des Americanistes*, VIII. 481, 1890. Krause, Fritz, "Ein neuentdeckter altamerikanischer Kulturkreis", *Jahrbuch des Stadtischen Museums für Volkerkunde zu Leipzig*, V: 161-164, 1913. Holmes, William H., "Areas of American culture tentatively outlined as an aid in the study of the antiquities", en *Anthropology of North America*, Nueva York, 1915: 42-75. Gamio, Manuel, *La población del valle de Teotihuacan*, México, D.F., Dirección de Antropología, 1922. Mendizábal, Miguel O. de, *Distribución geográfica de las familias lingüísticas. Supervivencia de las lenguas indígenas de México*. México, D.F. Departamento de Estadística Nacional, 1929; "La evolución de las culturas indígenas de México y la división del trabajo", en *Obras Completas*, México, D.F., 1946, II: 433-442; "La

- influencia de la sal en la distribución geográfica de los grupos indígenas de México”, en *Obras Completas* II: 181-344.
5. Paul Kirchhoff, *Op. cit.: passim*.
 6. *Ibid.*: 3.
 7. Jorge Vivó, *Los límites biogeográficos en América y la zona cultural mesoamericana*. Instituto Panamericano de Geografía e Historia, *Revista Geográfica* III - 7 a 9: 109-131, 1943. El mismo autor presentó en una compilación comprehensiva, *México Prehispánico*, 1946, los siguientes trabajos: “Horizontes culturales de Mesoamérica”: 75-81, “Límites y caracteres de la cultura de Mesoamérica”: 63-70, y “Rasgos fundamentales y correlaciones culturales de Mesoamérica”: 71-74.
 8. Véanse sobre todo los trabajos de Jorge L. Tamayo, *Atlas geográfico general de México*, México, D.F., Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas, México, D.F., 1962; Jorge L. Tamayo y Robert C. West, “The hydrography of Middle America”, en *Handbook of Middle American Indians* I: 84-121, 1964; Robert C. West, “Surface configuration and associated geology of Middle America”, en *Ibid.* I: 33-83, y “The natural regions of Middle America”, en *Ibid.* I: 363-383; Jorge L. Tamayo, *Datos para la hidrología de la República Mexicana*. México, D.F., Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1946, 1946. William T. Sanders y Barbara Price, *Mesoamerica: the evolution of a civilization*, Nueva York, Random House, 1968, se propusieron explícitamente explorar la relación entre el medio ambiente y la cultura.
 9. Mauricio Swadesh, *Indian Linguistic groups of Mexico*. México, D.F., INAH, 1959; *Mapas de clasificación lingüística de México y las Américas*. México, D.F., UNAM, 1959, y otros múltiples trabajos en los que desarrolla y aplica el método glotocronológico. Nicholas Hopkins y Judy Kathrine Josserand se propusieron explorar la profundidad histórica y el papel que jugaron los grupos otomianos (proyecto de investigación en CIS-INAH-CIESAS, diversos trabajos publicados).
 10. Román Piña Chan, *Mesoamérica*. México, D.F., INAH, 1960.
 11. El principal exponente e inspirador en México fue, sin duda, Pedro Armillas; véase sobre todo “A sequence of cultural development in Mesoamerica”, en *American Antiquity*, MEMOIRS IV: 105-111, 1948, y “Tecnología, formaciones socioeconómicas y religión en Mesoamérica”, *Congrés International des Américanistes* XXIX: 19-30, 1949; *Cronología y periodificación de la historia de América precolombina*, México, D.F. ENAH, Suplemento *Tlatoani*, 1957. Para el área andina la proposición fue de Wendell C. Bennett (ed.), *A reappraisal of Peruvian Archaeology*, Society for American Archaeology, *Memoir* 4, 1948.
 12. Pedro Armillas, “Northern Mesoamerica”, en J.D. Jennings y E. Norbeck (eds.), *Prehistoric Man in the New World*, Chicago, University of Chicago Press, 1964: 291-330. Ignacio Bernal, *Mesoamérica: periodo Indígena*, México, D.F., Instituto Panamericano de Geografía e Histo-

- ria, *Publicaciones*, 1953. Friedrich Katz, *The ancient American Civilizations*, Nueva York, Praeger Publishers Inc., 1972. Sanders y Price, *Op. cit.* Eric Wolf, *Pueblos y culturas de Mesoamérica*. México, D.F., ERA, 1967.
13. Tal como fue propuesto por Pedro Armillas y desarrollado sobre todo por Angel Palerm. Ver sobre todo de este último: *Agricultura y sociedad en Mesoamérica*, México, D.F., SEPSetentas 55, 1972, y en coautoría con Eric Wolf, *Agricultura y Civilización en Mesoamérica*, SEPSetentas 32, 1972.
 14. *Prehistory of the Tehuacan Valley*, University of Texas Press, Austin, Texas, 1967. Kent V. Flannery, "Archaeological systems Theory and early Mesoamerica", en *Prehistoric Agriculture*, 1971: 80-100.
 15. Paul Kirchhoff, *Op. cit.*: s.n.